

UN REQUIEM POR KRUSCHEF

La dimisión o deposición del señor Kruschef ha sido una mala noticia para todo el mundo. Primero porque el Poder en la Unión Soviética ha vuelto a caer en manos de la derecha stalinista o menos extrema y significa una nueva etapa de Gobierno conservador dentro de los más rígidos principios comunistas por lo menos. No es probable que se vuelva a los métodos stalinistas en toda su barbarie, pero, tal y como han sucedido ahora las cosas, todo nos hace pensar que Stalin ha resucitado de alguna manera.

En noviembre de 1952 el señor K. había dicho en una conversación privada con un grupo de escritores soviéticos: «Hay gentes que esperan que yo muera para resucitar a Stalin y a los métodos de Stalin. Pero yo quiero destruir a Stalin y destruirlos a ellos, antes de mi muerte, para que no sea posible volver al pasado. Parece que no ha tenido tiempo de hacerlo, aun-

que en realidad K. ha significado tanto para el comunismo mundial que no va a ser posible tan fácilmente borrar su huella de cordura, humanismo y apertura ideológica. Ni borrar la de su simpatía personal de hombre del pueblo y gozador de la vida. Tanto es así que los partidos europeos creo que van a pedir cuentas a los nuevos dirigentes de esa destitución, aunque no se si van a tener la valentía y la honradez de defender a K. hasta sus últimas consecuencias.

Pero todas estas son cosas que no me importa ahora comentar. Lo que quisiera comentar son los procedimientos comunistas de absoluto desprecio del hombre que se han revelado una vez más en esta destitución de K. Naturalmente son los más parecidos al cesarismo más recalcitrante, aventaja no dice aun. Un hombre ha dirigido el país durante buen número de años, ha conseguido una convivencia más o menos armoniosa, pero efectiva con

el Occidente, ha contribuido a la confianza internacional, ha sembrado incluso entre los occidentales la ilusión de que por fin el comunismo iba a humanizarse, siquiera lentamente; ha logrado éxitos magníficos en el orden científico, que han servido de gran propaganda para el país, al menos ha liberalizado en muchos aspectos la propia vida rusa y se le destituye sin una palabra de agradecimiento, se desuel-



gan sus grandes fotografías, se censura su imagen en los televisiones cinematográficas y de noticias, se destituye y persigue a amigos

personales y políticos o ideológicos suyos o hasta simples funcionarios nombrados por él y aun se le procesa, al menos moralmente. Es la perfecta ley de la selva. Esperemos que en las próximas semanas los comunistas vuelvan a obsequiarnos con las tradicionales monsergas de desviacionismo, cultos personales, etcétera, con que siempre han cubierto todos los crímenes. Esperemos que hasta invoquen la historia y su sentido o quizás la traición. El hecho es que la esclerosis dogmática del partido sigue siendo la dueña de él y haciendo añicos a los hombres. Porque los hombres no cuentan. Ni cuenta el pueblo como tal.

El pueblo ruso se ha enterado de los cambios acaecidos en el Kremlin por los periódicos, la radio y la televisión, cuando ya estaba todo hecho. El no ha intervenido en el cambio para nada. Ha sido tratado una vez más como un menor de edad, un imbecil, con el más absoluto de los desprecios. Es curioso que comparemos con este brutal cambio de Gobierno y política en la Unión Soviética el cambio ocurrido casi contemporáneamente en la Gran Bretaña. Comparemos la incertidumbre, los miedos, las calambas del pueblo ruso el tener noticia de ese cambio con esa otra gran fiesta popular inglesa en visperas de conocerse los resultados de un Gobierno que con todos los defectos que se quisieran ha escogido libremente un pueblo entero, que depende de él en cada momento, que informará a ese pueblo sobre cada cuestión y que será responsable ante él y del cual el pueblo no tiene nada que temer sea partidario u opuesto, escriba o hable, critique o alabe solo parcialmente.

Y creo que es el hombre y el pueblo lo que el marxismo tiene siempre en la boca, hasta tal punto de querer hacer un monopolio de ese amor al hombre y al pueblo y hasta el extremo de que el papatismo conservador occidental confunde siempre con un comunista a cualquier hombre honrado que no tiene más remedio que amar al hombre por encima de todo y defender todas las causas populares. Aunque ese conservadurismo la verdad es que trata de defenderse y de defender sus intereses, tratando de acusar de comunismo y de desacreditar de esa manera a todo y a todos los que se oponen a esos privilegios y a su pacífica explotación.



CUANDO LOS HOMBRES SE HACEN FORMALES

EL refranero, antipoiético por excelencia, nos quiere amarar a la realidad de cada cosa, ciñéndonos a lo concreto, a lo trastrero y a lo esencialmente seguro. Está por hacer el estudio de la influencia que el refrán y la sentencia de sabor popular tienen sobre los hombres. Vivimos un poco condicionados por tradiciones, por consejos y fábulas, muy arraigadas en nosotros. El pájaro en la mano, el correr sin fiarse de las petestades divinas, el vivo al bollo y otras pragmáticas sentencias, se encarnan en nuestra personalidad y ya toda la experiencia va a estar tocada por estas admoniciones ejemplaristas y de bajo vuelo.

Creo que fué el señor Churchill quien dijo aquello de que el hombre que a los dieciocho años no es revolucionario, es un insensato, y el que a los cincuenta años no arriba a un sentimiento conservador, es más loco todavía. Se cumple una mecánica biológica cuyo sentido se da por seguro. Según el refranero y según la opinión de ciertas personas, esas que palmean nuestras espaldas prediciendo una sensatez cuando los años dejen su impronta en nuestro cuerpo, nuestro fin, el fin de la madurez de cada hombre está en la comprensión, una comprensión para las faltas de los demás, un darse cuenta de las circunstancias condicionan al ser, de que no hay arreglo para los males del mundo. Entonces, es de suponer, un ex-cepticismo nos va ganando poco a poco, uno se inscribe en alguna de esas asociaciones que fomentan ordenadamente las virtudes cívicas, sociales o religiosas. Se llega al "orden" y ya sólo queda el plácido discurrir de los días, la mesa camilla y la práctica tibia de los actos externos. La sociedad nos impone sus reglas, es hábito diario que tanto nos cuesta ahora acudir, y el estadio final de una burguesía sin horizontes no amodorrará en la gran siesta de la última curva del camino.

No es muy alentador el panorama, que digamos. Podría argüirse que, tras el desmembramiento de la juventud, llega una cierta dosis de experiencia, de reflexión y de sabiduría decantada al correr de los años. Pero no es esto, precisamente, lo que se predice.

En este sentido conviene hacer unas precisiones. Si por lo curas de la juventud se anotan algunos excesos de la edad, calculándose que, con más años y responsabilidades, los mismos han de remediarse, quizá estemos plenamente de acuerdo. Sobre mucha basura, mucho mimetismo y mucha desorientación en los verdes años, sobre todo en los que transcurren. Pero el explayamiento frívolo de buena parte de la juventud no debe confundirse con la idea de que algunos de los más nobles sentimientos de esa generación propicia a los jóvenes vaya a consumirse como un ceniciento resoldo cuando las primeras canas empalidezcan el pelo.

Uno recuerda ese melancólico y trágico final de Alonso Quijano, el gran desengañado, muerto bien calentito en la cama, abjurando de todo heroísmo y acunado por todas las mentiras. Y, como decía don Miguel de Unamuno, uno quisiera abrirse el corazón y poner dentro del mismo sal y vinagre, para que nuestra vida fuera un perpetuo desasosiego, para que esos cantos que quieren arrastrarnos a la mediocridad de las cadenas floridas no lleguen nunca a hacernos dormir.

Los cinco talentos de la parábola evangélica están en nuestras manos. ¡Allá consigo mismo aquellos que quieren enterrarlos en el fondo de sus bolsillos, prefiriendo la seguridad cobarde a la aventura de lanzarlos a la tierra para que fructifiquen y se hagan cestera para los demás! Algún día tendremos que dar cuenta, ante los hombres o ante Dios, de esos cinco talentos. Que el trance no nos llegue con las manos cerradas sobre las monedas, apiñadas nuestro egoísmo, nuestra deserción y nuestra cobardía.

Hay «formalidades» que nos causan sonrojo. Y alzar la limpia bandera del amor es algo que no entiende de edades. Aunque el gesto hipocrita de una sociedad conformada nos señale con el dedo.

MIGUEL ANGEL PASTOR

EL CABALLO DE TROYA

MAS SOBRE CONVENIOS DE TRABAJO

RECIENTEMENTE, en unas reuniones sindicales, se hizo patente la preocupación que existe en el mundo del trabajo, primeramente por las continuas alzas de aquellos artículos de primera necesidad, muy concretamente en los alimenticios, y después por el afán de ciertos grupos y personas en señalar que los mismos son una consecuencia directa de los aumentos de salarios. Los convenios colectivos de trabajo son los culpables —según se asegura— de estos trastornos alistas. Contra esta tesis se alzan las de quienes, desde la otra orilla, manifiestan que las repercusiones salariales, o no han existido o han sido mínimas durante el presente año, lo que no ha impedido que se dispararan los precios y se alicorara la menguada capacidad de consumo de los sueldos y los salarios.

Las admoniciones, generalmente de tono confuso, que algunos portavoces empresariales venían prodigiando en el sentido de la necesidad de congelar los salarios, invocando la estabilidad monetaria del país, la inflación y algunos tópicos más, entre ellos una suerte extraña de patriotismo, han adquirido últimamente un tono más agresivo. Ya se habla de corregir deficiencias en el sector laboral y, más aun, de hacer sentir al mismo el peso de una disciplina, que exactamente no sabemos en qué forma había de actuar.

Está claro que la mejor defensa es un ataque a fondo. Y, ante las reivindicaciones obreras, es mejor actuar por adelantado y buscando crear un estado de opinión, que esperar pacientemente el planteamiento oficial de las mismas. Es curioso constatar la evolución de mentalidad de ciertos grupos patronales. Frente a la táctica solapada de resistir contra viento y marea las demandas de mejora, en una actitud defensiva a ultranza, se ha ido ingresando en tonos polémicos de cierta belicosidad, cuando no de abierto enfrentamiento antagonista.

Se discutirán nuevas condiciones de trabajo, pero la semilla ha sido sembrada con antelación ante la opinión pública y la oficial.

Se hablará de los peligros que para el Plan de Desarrollo representan las excesivas aperturas de los productores, capaces, por sí mismas, de hacer peligrar el buen fin del mismo; se indicarán esas manidas cuestiones de la productividad, de la pobreza del país, de que no se puede partir nada que antes no se haya producido holgadamente y del futuro mejor, la me-

dicina de esperanza que siempre se puede aplicar sin riesgos. Lo que ya puede extrañarnos algo más es ese soterrado tono de desafío que, a juzgar por declaraciones muy de última hora, va a sustituir las vaquedades ya clásicas en la historia del capitalismo. Y, a la postre, no se trata de nada sustancial en orden al porvenir de la empresa. Ni se solicita la reforma radical de la misma, ni, por otra parte, en las mayorías de los casos, se pide mucho más de la adecuación de los salarios a las realidades constantes del coste de la vida.

El mercado del trabajo español ha ofrecido siempre un claro signo de oferta. Pocos puestos y muchos brazos para los mismos. La emigración, entre sus gravísimas consecuencias, ha aclarado un tanto las filas, procurando en algunos ramos una cierta carestía de personal, lo que ha invalidado el contrato de trabajo, según venía siendo estipulado y, cosa lógica, ante la escasez de mano de obra ha habido necesidad de estimular más generosamente a quienes veían una oportunidad de mejora inmediata. Pero estas situaciones son aisladas dentro de un conjunto que acusa una abundante mano de obra y el consiguiente repuesto humano para su sustitución. La competencia para procurarse la misma no existe prácticamente. Y este desnivel pesa en las relaciones entre capital y trabajo.

Los convenios colectivos, nacidos en los duros años de la estabilización, precisas de una mediada revisión. La dislocación de fuerzas, frente a la unidad compacta, siempre estará en desventaja. Hay que llegar a fórmulas más realistas, y poco aptas para el montaje de los tinglados como el que arriba señalamos. En tanto no se acometan las necesarias reformas que la sociedad económica precisa, en orden a hacer llegar a todos sus beneficiarios su representación, sería viable establecer unas tablas de salarios computadas con el crecimiento de la vida y revisables cada pocos meses. Se trata de una solución de emergencia, quizá la única en las actuales circunstancias, para evitar ese desfonde periódico de salarios y precios.

FERNAN MENDY

POBLADO "CANTERAC-DELICIAS"

FACILIDADES DE PAGO

ENTRADAS DESDE 19.602 PTS.

INFORMACION

C/ ACIBELAS, 4 HORAS DE OFICINA DIAS LABORABLES 7 a 9

OFRECEMOS TAMBIEN

LOCALES COMERCIALES Y NAVES INDUSTRIALES

401 VIVIENDAS

PROPIETARIO PEDRO CARDENAL

3 PISOS DE 3-4-5 HABITACIONES

LA LEY DE BRONCE

EL Boletín de Información de la Accion Social Patronal señalaba, para este año en curso, un salario mí-

nimo, en el caso de un matrimonio con dos hijos, de 167,73 pesetas diarias. Es decir, de 3.031,90 pesetas al mes. Si tomamos este como de 30 días. La cuantía de las partidas que fijaban dicho importe se repartía de la siguiente forma:

Alimentos	75,77
Combustible	12,20
Vivienda y gastos de casa	22,90
Vestido y aseo personal	41,45
Gastos varios	16,31
TOTAL	167,73



Del estudio de estas cifras se comprende que la Accion Patronal se ha limitado a prever, por muy bajo de la realidad, el mínimo que una familia necesita para su subsistencia, desentendiéndose de aquellos otros factores que de una forma directa no intervengan en el fenómeno productivo. Este sistema de remuneración se le conoce con el nombre de la Ley de Bronce, y consiste en fijar el salario por el costo de producción del trabajo, o sea, por el gasto de sostenimiento del trabajador, sin que se pueda exceder nunca de este mínimo de subsistencia. Históricamente vino a reemplazar a la esclavitud de los siervos y solvares de la Edad Media.

Resulta amarguero el que a estas alturas se sigan utilizando los viejos sistemas que dieron solidez y consistencia al industrialismo de hace siglos, pero más absurdo resulta el que la modalidad ley se pretenda llevar a la práctica atentando contra su mismo enunciado. Porque en ella se garantiza, al menos, la subsistencia del que trabaja y en las cifras que facilita la Accion Social Patronal no se llega a comprender como se pueda conseguir esto. Si observamos el capítulo de alimentación se abre un presupuesto diario por persona de diecisiete pesetas, es decir, casi hasta la mitad de lo que se consume en una alimentación de mediana calidad corriente de remuneración, y ello sin tener en cuenta que un hombre que verifica un trabajo fijo

gasta el doble de calorías que otro que realiza una actividad sedentaria. No es necesario seguir recordando uno por uno los distintos apartados. Basta con detenerse brevemente en el de «vivienda y gastos de casas para comprender la insuficiencia de las cantidades. Se establecen 660 pesetas mensuales para cubrir la necesidad del alojamiento; lo que vendría a suponer 500 pesetas para el alquiler de la vivienda y 160 pesetas para los gastos de mobiliario, instalación, entretenimiento y conservación de la misma. Sobre cualquier comentario.

Prenderse satisfacer al que trabaja con un mínimo vital es atender contra su dignidad de hombre, más si se llega al estado carencial donde la alimentación resulta insuficiente o la vivienda inhabitable. Existen aspiraciones legítimas, que por naturales, no pueden soslayarse y que han venido a transformarse en necesidades de primer orden: el abrigo o la presión, la instrucción, el recreo; el bienestar, etc., deben dejar de ser el privilegio de unos pocos para transformarse en un patrimonio colectivo universalizar el privilegio es acabar con él, decía Unamuno. No es posible que nadie se entregue con entusiasmo al trabajo, cuando a cambio de él solo se le ofrece el mínimo imprescindible para atender sus exigencias higiénicas, con lo cual se le condena a una vida vegetativa donde se trabaja para vivir y se vive para trabajar. Y

con todo ello, aun existen quienes se lamentan de que el productor no pague el empleo debido en su tarea o de que se siente desahogado de la empresa; que se pide tanto como que el esclavo ame las cadenas que le privan de su libertad. En tanto el empresario —elemento prepotente de la actual relación laboral— ignore los problemas que agobian al trabajador —elemento impotente— y no les da cumplida satisfacción, resultará desahogado pensar que será éste el que se eche sobre sus débiles espaldas las preocupaciones empresariales de aquí.

A falta de buena voluntad, se pretende convencer con tópicos como el de que el trabajo dignifica al hombre; aberración con la que se desea dar un tinte de honorabilidad a una insostenible situación. No es necesario ser un teólogo para comprender que es el hombre —ente espiritual— quien puede dignificar el trabajo —acción material— y no a la inversa. Y que nada podrá dignificar el hombre, si previamente no se le ha dignificado a él. Algo muy similar ha venido a publicar, hace no mucho tiempo, una revista económica, en la cual se afirmaba que, en contra de lo que se cree, los trabajos en minas y pozos son muy saludables; y que los operarios de las fabricas de electricidad, así como quienes trabajan en refinarias de petróleo y los que tiran el asfalto en las calles gozan de una salud envidiable. Y que cuando se enteren los campesinos van a hacer cosas en las bocaninas demandando trabajo.

CUENTOS CUENTOS CUENTOS SANTAREN

DESDE EL MAS BARATO, AL MAS CARO

GUILLERMO DIEZ

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ILUSTRADO SOPENA

4 tomos Edición 1964

Una extraordinaria adquisición que no desnlvela ningún presupuesto

FICHA TECNICA:

4 tomos encuadernados en tela con todas las voces del idioma, un total de 3.850 páginas, 7.000.000 de palabras, 39.000.000 de letras, 180.000 artículos, 9.000 grabados entre texto más de 100 a pag. enteras, 205 mapas en negro, 7 mapas en color a doble pag., 29 láminas en color y 19 en negro a pag. enteras, lista alfabética de verbos, compendio de gramática, suplemento de hechos de última hora.

El más económico, imprescindible, moderno y amplio DICCIONARIO insustituible en el hogar y en el trabajo

Consorcio de Libro BUEN PASTOR, 6 BIS - BARCELONA-11

Precio de los 4 tomos: AL CONTADO: 1.200 ptas. a reembolso. A PLAZOS: 1.350 ptas. en 13 plazos de 100 ptas. y el último de 50 ptas.

FORMULARIO DE PEDIDO:

NOMBRE Y APELLIDOS: _____ EDAD: _____ ESTADO: _____

DOMICILIO: _____ N.º: _____

POBLACION: _____ PROVINCIA: _____

EMPLEADO EN LA EMPRESA: _____

DOMICILIO EMPLEO: _____

N.º: _____ POBLACION: _____

Desee remitir AL CONTADO o A PLAZOS (tache lo que no le interesa) la obra el Dic. SOPENA (4 vols.) Firma: _____

(Copie o rellene esta carta de pedido)

OBSEQUIO a los compradores, de una suscripción permanente a nuestra revista «MENSAGE», con información de actualidad bibliográfica y artículos de destacados escritores.